



GRANADILLA

VEINTICINCO AÑOS

Emiliano Guillén Rodríguez

Cronista Oficial de Granadilla

Varadas ya en la memoria de los tiempos quedaron, por fortuna, aquellas etapas heroicas y menesterosas en las que comenzara a brotar con sentido de continuidad la primera raíz de las romerías. Se trató de épocas miserables en las que el hombre del campo, sabio en filosofías populares y hambrunas, pero, a la vez, ignorante de todo cuanto le servía de razón para desarrollar su quehacer, por ser sólo sabedor, como digo, de trabajos y estrecheces. La misma tierra, por nefastos avatares, le negaba el pan.

Estas numerosas familias, prolíficas con razón, acudían al completo al pueblo viajando sobre vientres de carretas, a lomos de sus animales de labranza o simplemente a pie, para honrar al Santo Patrón del lugar, motivados por la celebración de su onomástica.

Ese día, una auténtica riada humana luciendo sus mejores galas, presumiendo con sus hermosos animales y provistos de frugales viandas para dosificar las fuerzas durante la jornada festiva, penetraba en los dominios del pueblo por todos los caminos que hacia él apuntaran.

Este fenómeno sociológico generaba en todo el lugar una sensación natural, sencilla, campesina, diferencial. En romería se acercaban los peregrinos hasta la plaza mayor con el fin de adorar al Santo por intercesión de su

imagen, para implorarle piedad, para suplicarle ayuda o solicitarle su beneplácito; especialmente las mujeres, por estar los hombres entretenidos, apoyados en su poder viril en jaranas o amores de acomodo. Era, a su vez, lugar de encuentro, negociación y trueque de animales, germinando por este fin la semilla de la romería.

El hombre del pueblo, atraído por tan singular manifestación, decidió sumarse al raro peregrinaje. Toma hábito y vitualla para confundirse con el campesinado que, en disciplinado aluvión, recorría las calles de la localidad.

La Granadilla, en tiempos pasados, tal vez emulando a otras villas, quizás deseosa de rescatar algunas de estas romerías que en el pasado le fueron propias; cual fuese la de San Isidro, Señor genuino de las tareas campesinas, comienza con cierta timidez el proceso garántico de su Romería Patronal, allá por el año 1976.

San Antonio de Padua, Santo milagrero y esclarecedor de entuertos amorosos pero, a su vez, también el Santo de todos los Santos y vírgenes reinantes en el municipio; el primero en la feligresía general, seguro asintió complaciente tal iniciativa. Así, el pueblo comienza a celebrar su romería en junio, entre el finiquitado de las zafras y el adviento de los higos y simientes.

El día de la romería, como place decir a mis paisanos, festivo para todos, las calles de la Villa se adornan con aromas de adobos singulares. Se visten con los sones insulares más genuinos. Se calzan con andares de pezuña y se aderezan con tocados de fiesta, típica, sana, entrañable, nuestra.

Múltiples estampas de vino y alegrías se dibujan sobre oblongos perfiles. Se vive la jornada en cordial camaradería. El paladar recreado con el sano placer de los sabores romeros no sacia los deseos de volver a degustar los vinos, las carnes, las papas, el gofio y cuantos otros gustillos de esta suerte se le ofrezcan.

A veinticinco años vista, La Romería de San Antonio de Padua, Villera y Patronal, ha venido incrementando firmemente, año tras año, celebración tras celebración, su pujanza en nuestro pueblo y su popularidad en la comarca. Hoy se mantiene viva con apariencia de salud muy duradera.

Desde aquí, a ella y a sus romeros, esta lozanía es ampliamente deseada por muchas conmemoraciones.

VOLVÍ AYER A MI RETABLO DE ENSUEÑO

••• **Y** los caminos desdibujados remarcaban aún senderos añejos sobre el paisaje. Los repechos que hacían suspirar al unísono al hombre y su animal de trabajo se intuyen ahora sepultados bajo una negra alfombra de aceite mineral. Están, desde luego, más utilizables por todos, pero, por el contra, significativamente más impactantes en el entorno.

Muchos colores rejuvenecidos alardean ahora sobre los ocres naturales. Otros más mustios, sin embargo, reclaman para sí lugar propio en la trama. Algún que otro adorno bulboso y otros enseres discrepantes destacan siguiendo la ruta del cielo. Destacan sí, como intrusos, sin oferta de relación alguna con el contexto tradicional local.

El pino continúa, con su apática vivencia, afinando pústulas de esmeralda fresca y arropando con orgullo su campana marinera, la misma que llama a misa, procesión, vinos y turrón. Dispuesta siempre a desgranar desde su vientre vacío el malpaís, rellenan los huecos más recoletos o se yerguen sobre el camino azul del infinito. Por ello, en el lugar, la tierra sigue dando sabor a tierra, queriendo recordar el origen natural de todo lo vivo en torno suyo.

Nuestros suelos, paisajes restablecidos, colores innovados u otros detalles al más puro estilo tradicional siguen ofertando sabores a patria, terruño idolatrado para cualquier enamorado de su historia, de su leyenda o por familiaridad con lo vivido.

Sobre esta textura, durante los inviernos frescos y las primaveras templadas, recalán los vibrantes cantores para romper silencios del aire quieto. Transparencia añil profanada en su inmaculada pureza por algún celaje solitario, que cruza el cielo en pos de un infierno bullente de sangre luminosa; luz de más allá impuesta por el cenit para señalar las lindes de los infinitos que nos llaman.

El silencio natural impone al atardecer. Enmudecen los cantores saciados de vivir un día prolífico. Lento el crepúsculo borra definiciones, acrecienta ambigüedades y permite la germinación de las estrellas sobre la bóveda circular del profundo espacio. Las luciérnagas regalan fosforescencias al ocaso. Grillos y cigarras pulsan bordón y calacimbre al inicio de la noche. Violas, violines y violonchelos con desafinado vibrar por la aspereza de sus cuerdas acotarán el curso de la noche. Alcanzada ya la hora del recato, serán únicos los testigos que evoquen la existencia de vida placentera tras el dintel del portallón. Una obsidiana extrañada brinda su anguloso rielar. Algunas rosas venden sin tasar su aroma.

Una ráfaga de aire templado que revolotea sobre el pueblo cual transparente mariposa, me recuerda que es hora de celebración y remembranza, puesta de largo para las emociones ansiadas y el tradicional disfrute de una efemérides durante un año anhelada por todos cuantos la viven con venerado sentir.

EN GRANADILLA: MOLINOS DE VIENTO Y AGUA

Cuando la revolución industrial ni siquiera se sospechaba por estas inmediaciones, el hombre local, con afanes de mejorar su calidad de vida, pone en práctica su saber al servicio propio, de la comunidad y de la naturaleza misma.

Para ello, sin reservas, se plantea la explotación de las fuentes de energía limpias e inagotables disponibles en la comarca. Con este fin construye molinos movidos por la fuerza motriz del viento y por el impulso del agua acumulada en tolva anexa, e, incluso, lanzada en caída libre desde el extremo superior de un acueducto corto.

Conocimiento se tiene, en la actualidad, sobre el funcionamiento de tres molinos ecológicos que produjeron, durante su tiempo de vida, un gofio mejor logrado en calidad y facilidad, mejorando con holgura al molino casero de manubrio y talasa.

Para aprovechar el empuje de las brisas costeras dominantes en la medianoche, sembró el molino aspada a la usanza quijotesca, en los mismos pies de la Montaña Gorda en el Barrio del Charco del Pino. Este artilugio funcionó hasta pasados los años cuarenta de mil novecientos. Allí desperezó sus velas, gobernado por su molinero de turno, gestó gofios de distintos granos, puros y mezclados. Hoy, en su solar, apenas intuyen los gritos hueros de su historia.



Parque eólico en Granadilla.

A efectos de explotar las potencialidades motrices del agua, se construye otro molino en los altos del Pueblo de Granadilla. Por caída libre movió sus paletas y su muela durante décadas hasta su cierre, provocado por la proliferación de las “máquinas de gofio” convencionales.

Con anterioridad a los ya reseñados aparatos de molienda, en los alrededores de Las Vegas trituró cereal durante largo tiempo un añejo molino que se impulsaba por la acción del agua acumulada en un embudo. Esta agua, expulsada angostamente por el “chavoco”, ponía en marcha sus móviles mecanismos. Para salvar el desnivel de la altura, la tolva se nutría del fluido por medio de un largo canal de tea colocado sobre soportes verticales del mismo material. Su recorrido comienza en el desviadero y termina en la boca superior del depósito, junto a su aliviadero, resguardo previsor para casos de exceso alimentario. El agua esclavizada en los tomaderos y atarjeas molía gofios, recorría lavaderos, abastecía aljibes y regaba huertos antes de incorporarse de nuevo a su ciclo vital.

Ambos molinos, movidos por energía hidráulica, sobreviven, con relativa lozanía el uno, en franca agonía el otro, a las veras de la magnífica corona forestal encargada de atraerles su natural fuente energética.

Hoy los dos, no en vano, acunan el mismo sueño: verse rejuvenecidos en su labor para testimonio y regocijo de las generaciones venideras, pues ellos son fieles testigos del saber práctico del hombre sureño, y pruebas vivas de su férreo bregar para conseguir el exitoso asentamiento poblacional de nuestros pioneros municipales.



Acueducto con salto de agua para mover un molino de gofio.

LA “LOMA DE LAS MEDIDAS DEL GUANCHE”

El vocablo “topónimo”, que se refiere a “nombre de un lugar”, es el indicativo con el que se conoce a un trozo de terreno o pueblo para diferenciarlo de otro y permitirnos una segura orientación. El término suele llevar algún tipo de significación que le define o caracteriza; por ello, la “Toponimia” ha de considerarse como un aspecto más del saber humano dedicado al estudio lingüístico de los nombres que se dan tanto a localidades como a accidentes del terreno, lugares, etc...

En Canarias, al igual que en cualquier parte del mundo, manejamos un buen número de palabras para designar lugares que nos permiten tanto saber ubicarnos como orientarnos hacia ellos.

En Abona muchos lugares han sido bautizados atendiendo a su particular orografía; ahora bien, pueden ser éstos marineros o de tierra adentro: *Médano* (lugar de dunas), *Cañada* (paso entre montañas), *Abrigos* (lugares de refugio, en este caso términos marineros) o *Caleta* (entrante de la mar en desembocadura de barranco), entre otros; sin olvidar: *Degollada*, *Las Fuentes*, *Madre del Agua* o *Vallito*, etc...

Otros recibieron su nominación por haber existido allí alguna explotación de tipo agrícola, industrial o minera: *Pegueros*, *Ingenio*, *Aserradero*, *Molino*; algunos otros porque en la zona creció alguna planta peculiar: *Charco del Pino*, *El Helecho*, *El Pinito*, *La Higuera*, *El Mocán*... o por escasez de flora: *El Desierto*, *Pelada*.

Muchos tienen nombre patronímico en alusión a sus dueños: *Suárez*, *Peraza*, etc.

También tropezamos con algunos cuya significación está íntimamente relacionada con costumbres o tradiciones populares: *Cruz de las Ánimas*, *La Pasada...* o por la abundancia y frecuencia de animales en la zona: *Los Cuervos*, *Las Palomas*, *El Guirre*, *Las Aguilillas...* y así hasta una interminable lista de conceptos que enriquecen nuestro tesoro toponímico.

En Abona se cuenta también, al margen de los topónimos castellanizados, con un buen número de nombres de lugares de uso menos frecuente, pero no por ello menos importante o significativo. Me refiero a todas las palabras destinadas a nombrar muchos lugares que proceden de nuestra lengua vernácula, que se han salvado milagrosamente por mor de la tradición oral o quedaron registrados en antiguos documentos de propiedad.

Éstos también nos descubren con su significación detalles de gran interés para estudiar nuestra realidad más próxima-pasada y, dado el enorme interés que este apartado del conocimiento encierra para nosotros, es nuestro deber el rescatar tantas nominaciones de estas características como podamos para evitar su total y definitiva desaparición.

Veamos un ejemplo que es digno representante de nuestra toponimia tradicional:

En la medianía del Municipio de Granadilla de Abona, a poniente de Chimiche, se halla una lomada conocida como La Medida o Loma de las Medidas del Guanche. Esta loma se encuentra a unos 500 m., siguiendo la pista que pasa por el vertedero crematorio de coches, junto a una “tagora” y en el margen izquierdo del barranco de La Hizuela. ¿Por qué se la llama así? – Pues bien, allí, efectivamente, existen unas siluetas que representan a una pareja de guanches con su hijo, a tamaño natural, bajo relieve sobre una roca lisa o “laja”. A través de ellas podemos deducir la envergadura física de nuestros antepasados. Creo que debió tratarse de una pareja de tamaño excepcional y que todos no debieron ser tan altos como los allí representados, pero son, desde luego, un documento de indudable valor para estudiar aspectos de nuestro pueblo originario.

Este yacimiento, que se completa con otros detalles de interés, actualmente se halla parcialmente sepultado por un cuarto de aperos, aunque me comen-

taron que las figuras deben estar intactas, pues el piso fue rellenado durante la construcción del indicado edificio, con lo que su rescate en buenas condiciones es aún posible.

Como vemos, estamos ante uno de los muchos ejemplos que guarda con celo nuestra Toponimia local, y que relaciona el nombre del lugar con un yacimiento de gran interés para todo canario interesado.



Panorámica de la parroquia y plaza de Granadilla.

LA CRUZ DE LAS ÁNIMAS

Dentro de la enorme riqueza toponímica que nos ofrece la Granadilla de Abona, entretengámonos hoy en descubrir éste de la *Cruz de las Ánimas*, tanto expresivo como que guarda en su significación toda una larga tradición popular relacionada con los entierros y con la sencilla miseria convida por nuestros antepasados próximos.

Hasta los años 30 de este siglo en que la vieja carretera del Sur enlaza definitivamente los pagos sitios en la medianía granadillense, los cadáveres de los fallecidos en estos barrios se trasladaban hasta “El Pueblo” (así llamaban al casco de Granadilla de Abona) a lomos de mulas o camellos e, incluso, muchos de ellos fueron transportados a hombros por grupos de hombres hasta el cementerio municipal o lugar destinado a su eterno descanso, siguiendo, eso sí, el trazado del Camino Real.

Bien, por entonces, los susodichos barrios estaban dotados de un ataúd comunitario, con cargo a la municipalidad y, por supuesto, de uso público, el cual se tomaba por los familiares del difunto de turno para proceder al traslado de los restos mortales hasta el Camposanto Local, para luego, ya vacío, regresarlo a su lugar de costumbre a la espera de un nuevo servicio.

Este mísero y sencillo féretro se depositaba en una cueva normalmente alejada del pueblo, conocida por los lugareños como “Cueva del Cajón”, respetadísima y amedrantadora, muy particularmente en las oscuras noches de invierno. Se cuenta que los niños sufrían auténticos terrores en las noches en las que en el pueblo había alguna persona “de cuerpo presente” pensan-

do en ello, en el cajón, rodeado por las tinieblas e incrementados, si cabe, por el ronco sonar de los truenos, el relampaguear de los rayos, el aullar de los perros y el guañar de las pardelas en las laderas próximas.

Cuando se producía el óbito, algunos hombres relacionados de cierta manera con el fallecido se “llegaban” a la “Cueva del Cajón” para tomarlo y conducirlo hasta el hogar donde se encontraba el difunto. Delicadamente colocado el cuerpo del finado en su interior, previamente amortajado con su mejor traje, alpargatas y envuelto en una sábana de inmaculada blancura que se tenía muy bien cuidada y reservada para la ocasión. Pasado ya el tiempo de velatorio, una pequeña comitiva de varones tomaba camino portando a hombros su triste carga.

La compañía precedida por el cura partía desde la casa del extinto, andando los caminos del pueblo entre sermones, rezos, oraciones y sollozos, hasta el lugar tenido como punto para la definitiva separación. Allí, el cura, las mujeres y niños se quedaban, pues a ellos les estaba vedado, por tradición, el acompañamiento hasta el cementerio en tales circunstancias. Dado que era largo el trecho y pesada la carga, a estos porteadores se les solía proveer de pan y sardinas por parte de la familia afectada para reponer fuerzas en los preceptivos descansos. Descansos éstos que se tomaban en los sitios del camino señalados con una robusta cruz de madera. A estos lugares de respiro, sea cual fuere la modalidad del traslado, se les conocía, y aún en algunos pueblos se les conoce, como *La Cruz de las Ánimas*.

Cabe señalar aquí que no siempre fue así de sencillo el rito, pues, en los tiempos de amarga penuria, cuando las epidemias se cebaban en muchos hogares con familia numerosa, faltos de alimentación adecuada y desconocedores de medidas profilácticas eficaces, los muertos eran abundantes y se requería su traslado en camellos; hasta de a tres por viaje, semidesnudos, en estado de extrema urgencia a veces, porque el grado de descomposición era alto y el hedor expelido insoportable; ya que se veían obligados a retenerlos varios días en sus casas, manteniéndolos con hierbas olorosas, ante la imposibilidad de su acarreo, porque las copiosas y continuadas lluvias impedían vadear los numerosos barrancos que cruzaban el camino. Sin embargo, y a pesar de ello, nunca se planteó la necesidad de fundar cementerios locales que permitieran paliar estas gravísimas o desesperadas situaciones, tal vez, sospecho que por razones de índole religiosa o administrativa.